



EL MERCURIO

Santiago de Chile — Domingo 4 de Febrero de 1979

Otelo y los Imbunches

Por Mario Vargas Llosa, especial para "El Mercurio"

Un actor argentino, arraigado en el Perú hace varios años, que se hizo enormemente popular gracias a lacrimosos novelones que protagonizaba en la televisión, decidió formar una compañía, alquilar un local y producir obras de teatro. Lo ha venido haciendo con éxito, montando al principio obras ligeras y luego más elaboradas. Ahora ha intentado algo atrevido: Otelo. Contra lo que hubiera podido esperarse, dada la magnitud del empeño, su puesta en escena de la tragedia isabelina fue más que decorosa: un vistoso espectáculo, con escenografía espléndida, movimientos bien diseñados y un elenco que actuaba de manera bastante discreta. No era una representación sobresaliente, pero sí un esfuerzo valioso de alguien que trata de elevar su trabajo y que aspira al alcance del gran público una obra clásica que, creo, no se había montado antes en Lima.

Todo haría suponer que un hecho así debería ser bien recibido por la gente interesada en que la afición al teatro prospere y en que mejore la vida cultural peruana, que es tan pobre. Es decir, por las personas más directamente beneficiadas con el posible aumento del público y de la actividad teatral: críticos, actores, directores. Pero no, la reacción ha sido muy distinta. Desde ataques que descendían casi al insulto personal, por un crítico escondido tras un seudónimo, hasta

el cediendo artículo del intelectual que rasgaba las vestiduras con indignación por el crimen de lesa cultura cometido. No han faltado, tampoco, cartas de gente del oficio descomulgando la representación, y, en las columnas de cinematografía semimilitada que en este país hacen ahora las veces de páginas de cultura, las alusiones malévolas hacia el insolente capaz de querer escenificar una obra tan difícil (Una joven ofendida se preguntaba: ¿cómo se puede montar Otelo con un mes y medio de ensayos si Laurence Olivier propuso durante cuatro años su montaje?).

¿Por qué esa exasperación en gentes que, muchas de las cuales, no han tenido la oportunidad de ver nunca a Otelo en un escenario y que sólo ganarían si el teatro de calidad emerge de las heroicas catacumbas donde vive y llega a un amplio público? ¿Por qué, de pronto, este rigor implacable en las mismas personas que aceptan con benignidad o indiferencia que los únicos espectáculos de éxito en Lima sean astracanadas del género "Me dan miedo las mujeres" o detritus aún peores?

Se trata de un fenómeno frecuente en países que, como el mío, tienen una vida cultural embrionaria y discontinua y en los que, por eso mismo, las vocaciones artísticas suelen deformarse, frustrarse o sobrevivir a duras penas. Los obstáculos que la pobreza del

medio opone a quienes quisieran consagrar su vida a quehaceres como la música, la literatura, el teatro, la danza, las artes plásticas, a la vez que deshacen muchas vocaciones, establecen una especie de solidaridad en la inacción y es el fracaso de aquellos cuyas inquietudes se han disuelto en pura nostalgia o languidecen con esporádicos, apáticos intentos sin continuación. Son nuestros hombres de cultura fantasmas: esperanzas que envejecen siendo esperanzas, promesas que llegan a la tumba sin cristalizar. Sucumbieron ante las dificultades —la falta de estímulos y de apoyo, la incompreensión, la pereza— y, sin embargo, allí están, dueños de los vacíos culturales de sus países, convertidos en símbolo de la esterilidad y ruindad de ese vacío. Pero hay algo que, de cuando en cuando, los desalestarga, los une y los desboca: la envidia. Su cólera, cuando brota, no es contra las raíces del mal que les cegó las alas sino contra quien, por obra del azar, del talento o del esfuerzo —o de las tres cosas juntas—, consigue romper la camisa de fuerza del subdesarrollo cultural y producir algo, hacer cosas. Esa persona se convierte entonces en el blanco de todos los disparos, alguien a quien hay que destruir, penalizarlo (y si es posible hacerlo con argumentos culturales, tanto mejor) como al verdadero enemigo de la cultura. En cierto modo, es lógico que ocurra así. En un medio donde la inacción y la

frustración prevalecen, el ser activo, el que tiene éxito en lo que emprende, son, en efecto, mudos acusadores de los demás, pruebas vivientes de que, a pesar de las taras del ambiente, siempre es posible hacer algo. Lo que aquellos no pueden perdonarle es haberlos privado de este ligubre consuelo: "nadie es un derrotado si lo somos todos".

Se puede llamar a este fenómeno el imbunchismo cultural. El imbunche es un personaje de la historia chilena, un ritual que practicaban ciertas tribus mapuches. Cuando nacía un niño que por su belleza destacaba demasiado sobre los demás, la comunidad le cosía los párpados, los labios, la nariz, las orejas, el ano y el sexo, de manera que degenerara en monstruo. Una vez desfigurado y afeado, lo reverenciaba supersticiosamente y le atribuía poderes mágicos. Algo así ocurre a diario en nuestros países. Cada acción u obra que rompe la desidia reinante produce agitación, desasosiego, solivianta a la comunidad adormecida, que, de inmediato, conspira para volver imbunche al ser excéntrico. Una vez que lo ha conseguido y éste ya es ciego entre los ciegos y sordo entre los sordos, la comunidad fraternalmente lo perdona y lo adopta. Si, en nuestros países uno de los mayores obstáculos para vencer el atraso cultural son los llamados hombres de cultura.

Otelo y los imbunches. [artículo]

Libros y documentos

FECHA DE PUBLICACIÓN

1979

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Otelo y los inbunches. [artículo]

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile